

Monsiváis:

Feminismo y homosexualidad

José Ramón Enríquez

Hace treinta años, para el primer número de la nueva época de la revista del Partido Comunista Mexicano, El Machete (mayo de 1980), entrevisté a Carlos Monsiváis. En esa entrevista hablamos sobre temas entonces prohibidos en la mayor parte de las izquierdas, no sólo mexicanas: el feminismo y la homosexualidad.

Desde muy joven, Monsiváis había declarado que, al nacer del lado de las minorías, había conocido desde muy temprano tanto el temor como el resentimiento. Desde entonces, ambos sentimientos los convirtió en lucha, hasta el último día de su vida. Y la lucha por la libertad de las minorías sexuales fue siempre una de sus banderas más reconocibles. Por eso, el hecho de que su féretro haya sido arropado con el arco iris de la liberación gay me lleno de júbilo, dentro de la tristeza por su partida, y me hizo recordar esta entrevista.

El Machete dirigido por Roger Bartra situaba al PCM en esa vanguardia de los partidos que buscaban romper con la órbita soviética (también cubana en nuestro caso) y proponer un marxismo con rostro humano, en el cual la democracia fuese valor fundamental del socialismo. Éramos jóvenes comunistas y asumíamos que lo personal era también político. Por eso decidimos abrir con la entrevista a Monsiváis, ya entonces un referente para la intelectualidad y para las izquierdas mexicanas.

Lo que dijo entonces Carlos es aún válido y vale la pena recordarlo. Pero, sobre todo para mí, recordarlo como un luchador incansable y comprometido con la liberación femenina y la liberación gay me parece el mejor homenaje.

De modo sorpresivo, el tema de la cotidianidad se empieza a incluir entre las prioridades de ese conjunto (no tan contradictorio como parece) conocido como izquierda mexicana. A ti el tema de la política sexual te ha interesado mucho y como muestra está un ensayo tuyo en Nexos (“Las variedades del México freudiano”). Una de las características de los movimientos llamados revolucionarios o de izquierda ha sido su profundo moralismo (uso del término peyorativamente). ¿A qué atribuirías la persistencia de cánones del comportamiento tan ligada al poderío ideológico de los opresores?

Tal vez, al terror de no ser capaces de ir a fondo haciendo tabla rasa de las creencias y códigos dominantes. De seguro, a que, hasta hace poco, el énfasis en la política y la economía no dejaba espacio para otras preocupaciones. Ciertamente, parte de la respuesta debe hallarse también en la solidez de una institución familiar muy tradicionalista en fondo y forma que le opone a los cambios la sorprendente variedad de sus chantajes y métodos retentivos: “O la integridad familiar o la desintegración social”.

Como paradoja no está mal: el moralismo de la izquierda es contrapartida y complemento de su intento central: la moral de la resistencia a la enajenación y la explotación de los individuos. Es admirable la reacción moral ante un orden bárbaramente represivo y corruptor; es por lo menos lamentable que a esto le sigan sen-

timientos “de culpa” o “exceso”. Es ciertamente decepcionante el espectáculo de seres que reaccionan contra la injusticia social y económica y en su vida diaria acatan normas de parecida arbitrariedad y discriminación. Una vez desafiada la eternidad del capitalismo, se desdén cuestionar implacablemente la eternidad de la moral familiar, produciéndose la santa alianza de conciencia socialista y obsesión por el “comportamiento debido y decente”. La revolución es la utopía conocida a la que no se le quiere añadir —el miedo a lo desconocido— un capítulo todavía impredecible: el manejo revolucionario de la cotidianidad. Y por *revolucionario* entiendo aquí la respuesta racional, crítica, democrática.

¿De dónde se desprende tal paradoja? Los teóricos fundamentales, Marx y Engels para empezar, propusieron una crítica profunda, una reubicación de la familia. Engels decía: “por el momento, no se sabe qué va a pasar con la familia”. ¿En qué se ha basado pues esa negación ante cualquier heterodoxia, ese amor por una parte sustancial de las tradiciones conservadoras?

Antes de intentar responderte, te comunico una duda. Creo que para no hablar en clave, conviene una mínima definición *operativa* de “moralismo”. En el sentido en que lo estamos usando, *moralismo* es el proyecto de conservación-y-ataque que insiste en la vigencia para-todas-las- edades de normas de conducta centradas en la autoridad patriarcal, el respeto idolátrico y/o feudal a la familia, el papel siempre subordinado de la mujer, las distinciones prenatales entre Lo Masculino y Lo Femenino, etcétera. Volviendo a tu pregunta, creo que no se puede forzar a los clásicos del marxismo para que sean lo que no fueron: videntes de *todas* las necesidades de sus descendientes. Marx, digamos, como reitera Zillah Eisenstein, nunca cuestionó la estructuración sexual jerárquica de la sociedad y vio en la familia un instrumento del capitalismo sin dimensiones específicas en su interior. Como demuestran abundantemente las feministas socialistas y radicales, la explotación de clase no es la única “contradicción originaria”.

Si a esta cuantiosa deficiencia de la teoría clásica le agregas la experiencia estalinista el resultado es devastador. Entre otras cosas, el estalinismo ha sido una implacable empresa tradicionalista que, en su deseo de reinos sin contradicciones ni oposiciones, incluyó la moral individual entre sus dominios primordiales. No importa si se trata de un Estado, un partido, una coalición o una célula: una técnica esencial del estalinismo (y de sus ideologías sucesoras) es evitar cualquier disidencia para potenciar la obediencia. Creyese o no el propio Stalin en el canon de la familia feudal, lo necesitaba para reimplantar la sumisión como reflejo condicionado. Él odió reiterativamente las discrepancias porque la uniformidad es el mayor y más devoto consenso. Por eso, tan pron-



Ulises Culebro, *Se retratan mitos*, colección Carlos Monsiváis

Desde muy joven Monsiváis había declarado que, al nacer del lado de las minorías, había conocido desde muy temprano tanto el temor como el resentimiento.

to tomó el poder, persiguió con saña costumbres libres y espíritus libertarios. Para llegar a los procesos de Moscú le hacía falta reafirmar el patriarcado.

Hay, de modo notorio, un cambio de actitud de la izquierda mexicana frente a la cuestión de la mujer: ¿hasta qué punto este cambio es orgánico o hasta qué punto es mero oportunismo?

No me toca juzgar la intencionalidad sino los resultados, hasta el momento brumosos a pesar de avances espectaculares. Un sector —que crece— decide respetar la especificidad del feminismo. Otro pretende absorberlo y destruirlo, seguro de que el feminismo es una insensatez porque “le resta fuerzas al combate contra el enemigo principal” y porque la lucha es inseparable, las mujeres al lado de los hombres y le cae al que se volte. Se niega la especificidad de la lucha feminista, se niega la opresión sobre la mujer y se pretende disolverlo todo con lo que llamo “apocalipsis de la bondad”, o “No seamos impacientes, ya habrá tiempo para vivir como es debido cuando llegue el socialismo. Esperemos, el feminismo no hace falta, es reminiscencia anticipada de la explotación capitalista que algún día cesará. Mejor aguardemos todos juntos el advenimiento de la liberación integral”.

Lo sucedido en los países socialistas muestra que lo anterior es muy ilusorio, que las luchas deben seguir librándose porque la densidad de la cultura patriarcal ha atravesado también, y muy reciamente, la ideología socialista.

Estoy de acuerdo contigo. En nuestro país, apenas se empieza a entender como tal a la lucha feminista y, sin embargo, se aclama la presencia de la mujer en los movimientos revolucionarios.

Es muy aclamable, como lo demuestran las experiencias en Cuba, Nicaragua, Angola, El Salvador, Guatemala, etcétera. Allí la mujer ha jugado un papel renovador, estimulante, definitivo. El problema es precisar hasta qué punto el enfrentamiento entre el sexismo y el feminismo atraviesa, pasa a través de las luchas revolucionarias. Al respecto, soy optimista o mejor, creo en las conquistas irreversibles: las heroicas mujeres de la resistencia salvadoreña, por ejemplo, no acatarán ya previsiblemente su anterior aplastamiento doméstico.

En lo que respecta al feminismo, la tendencia ha sido no verlo orgánicamente sino como suma de querellas: despenalización o legalización del aborto, igualdad de condiciones laborales, respuesta legal al problema de la violación, igualdad de condiciones jurídicas, en fin, los puntos hoy más destacados. Se piensa que resueltas más o menos estas disputas, el feminismo carecerá de cualquier sentido. Esta decisión de ver en el feminismo a un sindicalismo que-no-se-atreve-a-decir-su-nombre se exhibe con claridad en el caso del aborto. Para defender la despenalización se arguyen razones económicas y sociales pero casi nadie acepta como válido que una mujer decida abortar en pleno uso de sus recursos corporales. El derecho al cuerpo se maneja con mucha tibieza o de modo muy retórico, pero pocos creen en él como un derecho civil que debe ser constitucional.

Una recapitulación. ¿Qué crees que ha logrado en esta década de surgimiento militante en México, el feminismo?

Una respuesta tentativa varía de acuerdo con el “criterio de utilidad” que se aplique. Si la medida es el desarrollo organizativo, el panorama es ciertamente magro y, sobre todo, sectorial, nos hallamos ante grupos no muy numerosos de clase media con frecuencia divididos o ideologizados hasta la parálisis. Si la medida es el grado de influencia social, los resultados son muy amplios. El feminismo, en pocos años, se ha convertido en punto de vista ya no prescindible, que trasciende con mucho su radio *deliberado* de acción y alcanza de modo difuso pero efectivo a vastas zonas de la población. No me refiero, aunque no ignoro su grado de influencia, al afán imitativo y colonizado que ve en la liberación (con o sin comillas) una técnica de *estar al día* y aprovecha el feminismo para modernizarse. Lo que destaco es realmente importante: a un país todavía falto de organizaciones independientes, sin tradición democrática, con una sociedad civil precaria, el feminismo y los movimientos de liberación sexual le aportan otra perspectiva crítica. Ahora se ubicarán mejor la “condición femenina” y “la condición masculina” como productos históricos que alimentan y vigorizan la explotación laboral, la represión social y la manipulación política.

Hasta el momento, el avance más claro del feminismo ha sido la ruptura con los tabúes verbales y sociales. Por ejemplo, el aborto, antes tema prohibido, es

hoy causa apremiante pese a la oposición cerrada de la Iglesia (nacional y mundial) y la cómplice debilidad del gobierno (nacional). Este desarrollo no es sólo atribuible al “espíritu de la época” o al terror extendido ante la explosión demográfica, sino también al influjo de las *razones* feministas. Por eso, no tiene mayor sentido calificar la eficacia de la lucha en pro del aborto libre y gratuito únicamente por sus (nulos) resultados legales, evitando otro criterio fundamental: *la disminución de la opresión social*. Esto es comprobable: amenguan de modo considerable y en muchísimas partes, las sensaciones de pena, vergüenza, humillación y dolor asociadas generalmente al aborto. Ciertamente no ha sido el feminismo el responsable de la desaparición de la Honra como el primer valor familiar, pero sí es atribuible en buena medida a propaganda y luchas feministas el cambio de actitud en decenas de miles de mujeres que, al abortar, no se consideran “víctimas del pecado” o “desechos humanos”, sino seres que, de modo consecuente, eligen al alcance de sus responsabilidades. ¿A quién puede ya convencer un obispo que fustiga a las mujeres por creerse “dueñas de su propio cuerpo”? Sólo, como lo prueba el escuálido movimiento Pro-Vida contra el aborto, a núcleos muy reducidos y fanatizados. De modo no explícito o verbalizado, las que abortan le han conferido desde siempre a su acto una dimensión política, de resistencia al autoritarismo familiar, gubernamental o eclesiástico, de insubordinación ante destinos trazados desde afuera. Que lo asuman de modo explícito es muy importante.

Por eso, la mayor victoria del feminismo se está dando mediante un proceso de *contagio* o *contaminación social*. Hoy las burlas y las “mujeres que se creen hombres” se mezclan con la inquietud ante los señalamientos y acusaciones de *machismo* (ironía complementaria: es ya inculpatorio el término que fue hasta hace poco el gran Timbre de Orgullo de un Hombre Cabal).

Es cierto, pero también lo es que hasta ahora los logros se han confinado muy claramente en el espacio de la clase media ilustrada.

Pero era inevitable que a las clases dominadas no les afectara muy visiblemente tal contagio persuasivo; en ese ámbito, ni los machos dejan de serlo por vergüenza cultural ni las mujeres se consideran habilitadas para el

libre uso de su cuerpo (no sólo en lo relativo al aborto). Pero, dada la rapidez de los cambios sociales, tanto el descenso de prestigio interno del machismo, como la discusión pública de la despenalización del aborto, la efectiva igualdad jurídica de la mujer, el salario del ama de casa, el castigo legal a los violadores, los derechos homosexuales, etcétera, resultan avances no minimizables. Debe pensarse en los siglos de explotación e invisibilidad social para las mujeres y las minorías marginadas, o no más considerar la estrategia de la moral tradicional que, sustentada en la Iglesia, no concede beligerancia alguna a las mujeres y no reconoce, fuera de las páginas policiales o de la compasión destinada a lo abyecto, la existencia civil de los homosexuales.

¿Y qué piensas de los avances en el interior de la izquierda mexicana? Como sea, actitudes como las del Partido Popular Socialista son ya de anticuario. El Partido Comunista, el Partido Revolucionario de los Trabajadores, los sindicatos universitarios y otras organizaciones han asumido la causa de la legalización del aborto y otras demandas feministas.

El proceso ha sido rapidísimo. Pero no hay que ignorar que, a lo largo de los años de postración de la izquierda, las mujeres fueron eliminadas o pospuestas o sujetas al machismo espectacular que tan magníficamente recrea José Revueltas en *Los días terrenales*. No hay en la historia de la izquierda campañas sólidas por ese voto femenino que se obtiene con Ruiz Cortines. La izquierda dispuso de grupos muy valiosos de mujeres, pero no las movilizó en función de sus intereses específicos. La ausencia de una gran campaña por el voto femenino no se puede atribuir sólo a la fobia a un “reformismo” que busca arrancar concesiones al Estado burgués. Basta revisar las consignas de la época para ver cómo abundan las peticiones a un Estado burgués demasiado fuerte como para negar su existencia. No, el problema fue el machismo y esta tradición explica de sobra las dificultades actuales de participación. Sé que esto es anecdótico, pero sólo hay hombres en la diputación comunista que defiende la legalización del aborto. Esto no prueba la discriminación sino las secuelas incluso involuntarias de una actitud que prescindió sistemáticamente de cualquier representación femenina. De allí que logros y batallas se produzcan básicamente

“Hoy diversos sectores de vanguardia van entendiendo y aceptando los muy concretos e irrenunciables derechos de las mayorías y minorías marginadas por un sexismo que es también explotación económica”.

en el terreno propagandístico. El feminismo busca informar a las mujeres que su inferioridad programada es parte esencial de la plusvalía capitalista, y los movimientos de liberación sexual intentan establecer con claridad que un primer derecho civil es el uso del propio cuerpo. Por eso, estas luchas se vinculan con la suerte colectiva de los derechos civiles.

Hoy diversos sectores de vanguardia van entendiendo y aceptando los muy concretos e irrenunciables derechos de las mayorías y minorías marginadas y aplastadas por un sexismo que es también explotación económica.

Lo que no obsta para las limitaciones de estos movimientos.

Según como se vea. Es menguado el tiraje y muy irregular la aparición de sus publicaciones, los grupos suelen ser grupúsculos y suelen dividirse por raptos chovinistas, polémicas sectarias, brotes de caudillismo, etcétera. Pero esto, en conjunto, significa bien poco en función de lo obtenido masivamente y por lo mismo, conviene revisar las nociones de *reformismo* y *estrategia de largo alcance*. En lo tocante a las diferencias individuales, todo logro puede ser radical. Disminuir o suprimir la humillación personal y la desolación familiar de quienes abortan es empresa suficiente en sí misma, como lo es también la conciencia sindical o cualquier uso concreto de derechos constitucionales y civiles en los casos de mujeres violadas o golpeadas o explotadas sexualmente en sus trabajos, de los homosexuales, vejados y chantajeados en redadas, etcétera.

Por otra parte, si en el espacio de la izquierda la autonomía del movimiento feminista es tema principal, en la discusión más amplia, el punto más controvertible sigue siendo el control de la natalidad. Incluso militantes respetables abogan por la fertilidad inextinguible y se aíslan de la lucha por la legalización del aborto, aduciendo que la multiplicación de las masas será la señal de extinción del imperialismo o se oponen a toda medida de control demográfico calificándola de malthusiana y empleando hipótesis igualmente convincentes: el homosexualismo es una enfermedad diseminada por los imperialistas y la CIA para quebrantar o debilitar el viril combate de los pueblos del Tercer Mundo (profesor José Santos Valdés en artículo no internacionalmente humorístico).

Volvamos a lo que decías de la falta de representación pública de las mujeres. ¿No crees que se debe también a la falta de militancia dentro de partidos, organizaciones sindicales, etcétera?

También. Pero esa falta de militancia deriva de un previo confinamiento de la cocina y en la abnegación. Si militas, fémina, serás la Adelita, la Soldadera, la humilde, heroica Juana. Un testimonio como *Benita*, de Benita Galeana, escrito en 1940, es admirable por el vigor con

que demanda la inserción de la mujer en el partido. Benita se siente excluida, sin voz ni consideraciones. Es curioso, al publicarse *Benita* se envía un ejemplar a la Unión Soviética para ver si hay posibilidades de traducción y los compañeros responden que el libro es intraducible porque acarrea dudas sobre la concepción heroica de la mujer en el partido, y eso en la Unión Soviética se considera desviación terrible. Y tal situación de ahogo de la crítica todavía se prolonga dos décadas más.

Y ya que tocas esto: ¿considerarías feminista la posición de Alexandra Kolontai o la incluirías en la otra tradición heroica pero arrinconable a que te refieres?

En el sentido en que lo contemplamos, el feminismo es fenómeno realmente nuevo. El impulso de Kolontai era muy distinto. Transcurridas sus advocaciones del “amor libre”, anarquía sexual, el sexo-como-un-vaso-de-agua, etcétera, la Kolontai tenía poco que decir sobre las mujeres, nítida representante de la falla bolchevique que, al no poder integrar una teoría feminista, acabó identificando el feminismo como el “feminismo burgués” sufragista. Al no defender nunca la necesidad de un movimiento feminista autónomo, la Kolontai no dispuso de la base social que requería para sus puntos



Elena Poniatowska y Carlos Monsiváis, septiembre de 2005

de vista sobre el cambio radical en las relaciones entre los sexos (por demás, fue muy breve su periodo militante. Ya en 1923 se encuentra a la defensiva y en 1926 interviene por última vez en un debate político. A México viene como burócrata silenciosa y del proceso de sus retractaciones sólo nos enteraremos cuando se publiquen sus diarios).

Así, el feminismo de hoy poco tiene que ver, pese a las deudas forzosas, con el estallido libertario tan prontamente suspendido de la Kolontai, o con la conciencia desgarrada de mujeres que, sintiéndose privilegiadas, desde su excepcionalidad combatían la marginación de su sexo. El feminismo actual trata de usar el reconocimiento y el ejercicio de derechos para abrirle camino a una nueva teoría y una nueva praxis de la feminidad. Esto es muchísimo más amplio que lo incluido en el anterior proyecto, de cualquier modo muy extraordinario, muy heroico de las primeras feministas.

Aparte de esta característica específica del derecho al uso irrestricto del propio cuerpo, ¿qué otras características tendría esta redefinición de lo femenino? ¿Podrías intentar una respuesta aproximada?

Incluye esta redefinición el análisis del trabajo doméstico, los derechos laborales, el cuestionamiento de la pareja, el examen crítico de las virtudes consideradas tradicionalmente femeninas. Una redefinición cultural tan vasta pone en entredicho las imágenes del sacrificio, la abnegación, la sublimidad, la entrega sin condiciones, el amor pasión, etcétera. Toda una ideología de la opresión se sitúa entre paréntesis. En el fondo, se pone cerco a la separación tan abrupta y rígidamente establecida entre lo “masculino” y lo “femenino”.

Lo que tendría como contrapartida inevitable la redefinición de la masculinidad.

Esto es también inevitable. Para no ir más lejos, la masculinidad está dejando de ser un repertorio de gestos y comprobaciones externos para tornarse la conducta normal e inevitable. De entre los temas que hoy se analizan drásticamente están la función de los arquetipos y la puesta en escena de los roles. El macho ha sido una actuación, una teatralización de la conducta masculina. Y esa escenificación de comportamientos y de gesticulaciones, en la medida en que el feminismo gana terreno, se defiende con vuelos proteicos y concesiones para no vararse en el ridículo. (¿Quién imitaría hoy, con pleno conocimiento de causa, a Clark Gable, a Jorge Negrete o, en el otro extremo, al Indio Fernández o a Blanco Moheno?). Arrinconado en cuanto a sus prestigios culturales, el machismo quiere actualizarse, sofisticarse y está dispuesto incluso a renunciar a su nombre, no a las actitudes esenciales (desafío, voluntad de poder, identidad arrogante no ligada a principios auto-críticos). El sexista de hoy mira con desdén al macho de ayer... Y es que el problema radica en que “la masculinidad” que conocemos es subproducto de una ideología de la superioridad innata sobre los débiles, la mujer en primer término.

¿Crees que se avanza o se progresa en esta redefinición de la masculinidad?

Ésta es una pregunta tramposa porque toda respuesta será inverificable. Se avanza de la manera posible en nuestro medio, con enorme rapidez en cuanto a cambios exteriores y con resistencia exacerbada, crispada, en lo tocante a prejuicios y dominaciones ancestrales. Es cierto que un machismo operático, estereotipado, hoy es sólo humorismo involuntario. Pero otras formas del machismo prosiguen con enorme beligerancia por representar necesidades de dominio que se creen irrenunciables y cuyo espacio de sobrevivencia es la violencia irracional, la tiranía en cualquiera de sus formas.



Yolanda Montes, Tongolele, con Carlos Monsiváis en la fiesta de sus setenta años, mayo de 2008

“La expresión *derecho al uso del cuerpo* empezó siendo frase retórica y hoy, en decenas de miles de mujeres, es el punto de partida de su comprensión de la realidad”.

Y este machismo se apoya en la pureza frágil de la mujer. Recuerdo ahora —la cita no es textual— una frase de Emma Godoy: “Las mujeres lo son de la cintura para arriba y no de la cintura para abajo”.

Para garantizar efectivamente esa pureza inconsútil, las mujeres deberían serlo del pensamiento para arriba.

Ya propósito de los daños del machismo habría que recordar que, de alguna manera, el macho también se castra.

¿No crees que eso es naufragar en el sicologismo? Las limitaciones que el macho se inflige y la imposibilidad de madurez a que se obliga con su conducta no suprimen las vejaciones, los sufrimientos de sus víctimas. Ahora importa atender prioritariamente lo muy concreto de la opresión y no ver los maleficios psicológicos que le ocasiona al opresor, lo que en todo caso es daño de segunda clase. Los reveses anímicos de los verdugos son, más bien, fuente del humorismo voluntario.

Me gustaría que revisásemos la actitud de la izquierda mexicana ante un fenómeno como la homosexualidad. ¿Cómo explicas tú la virulencia, el desprecio, la ignorancia frente a esta cuestión?

A la izquierda de México la integran mexicanos. Esta brutal y legalista obviedad te describe de entrada una formación homofóbica, el odio / temor a lo diferente y la sensación de superioridad instantánea ante los “raros”, los “otros”. Si frente al feminismo, causa finalmente de masas, la izquierda no mostró mayor sensibilidad durante décadas, ante la existencia de una minoría invisibilizada no cabía esperar sino lo que dio: burla, incompreensión, repugnancia ante el mero tratamiento del tema.

Los ejemplos abundan. El héroe mexicano por antonomasia en lo que va del siglo, Emiliano Zapata, al enterarse de la homosexualidad de Manuel Palafox, su ideólogo y su redactor, se enfurece a tal grado que sólo le perdona la vida por la fuerza del argumento político (después del fusilamiento de Otilio Montaña, otra liquidación interna en el zapatismo hubiera sido desastrosa). Si vas de la cultura campesina a la urbana, encuentras que allí el tema aflora mediante el escándalo: los grabados de Posada sobre la redada en el baile de los 41 ratifican y sostienen una imagen popular: el homosexual es el señorito afeminado, el colmo del ocio de la clase alta que pervierte proletarios con su dinero. A esta

imagen predominante se añade otra, servil y complementaria, el joto de burdel, el infortunado producto de una tragedia biológica. No hay términos medios. Y entre estas dos visiones, el aristócrata lascivo y decadente que abusa de la urgencia económica que acompaña a la virilidad popular, y la víctima infeliz de la biología que reptante y se contonea patéticamente la conclusión es drástica: la homosexualidad es anuncio de la desintegración burguesa o broma pesada del destino.

A esta visión social completamente indiscutida durante décadas, la izquierda añade su preocupación por el *hombre nuevo*, demanda la incontaminación y pureza cuya atracción mística dura casi hasta hoy. “Construyamos al Hombre Nuevo”. La demanda de san Pablo se vuelve fundamental en la prédica estalinista y en los cuadros de Guerósímov el ensueño es cabal: hombres nuevos, felices, contentos, justamente esperanzados, desde el tractor o en la fábrica modelan su ejemplaridad: buenos padres, esposos, hijos, camaradas, ciudadanos. Sin duda, la homosexualidad nada tiene que hacer en este idilio y es muy explicable que la izquierda se moleste viva y visceralmente ante lo que mella este proyecto.

A esta incapacidad para darse cuenta de que no caben en el retrato esplendoroso, se debe añadir la condición derechista de casi todos los homosexuales conocidos.

Inevitablemente. La “buena sociedad” les otorga una mínima tolerancia si muestran su dinero o demuestran su talento, si conmueven, invitan o entretienen. El caso paradigmático está en el grupo de escritores hoy conocido como los Contemporáneos. A ellos la izquierda los persigue con saña, los denuncia por “pervertir a la juventud”, pide que se les corra de sus empleos, los dibuja cruelmente, organiza contra ellos cruzadas moralizantes. Lo extraño entonces no es que Salvador Novo se vuelva un reaccionario implacable, sino que Carlos Pellicer mantenga hasta el fin su posición democrática y antiimperialista.

¿Qué relación guarda el proceso de la izquierda mexicana con el estalinista en la URSS?

Una muy amplia. Aunque en la URSS hubo “apertura”. Te cito datos de un ensayo de Lauritsen y Thornsted. Al principio, la legislatura soviética declara “la absoluta no interferencia del Estado y la sociedad en los asuntos

tos sexuales siempre que no se lesione a persona alguna y que no se perjudiquen los intereses de nadie”, en 1933, los estalinistas proclaman “la decencia proletaria” y definen a la homosexualidad como “Producto de la decadencia de los sectores burgueses” y “perversión fascista”. En enero de 1934 hay arrestos masivos en Moscú, Leningrado, Jarkov, Odesa. A los detenidos (actores, escritores y músicos entre ellos) se les acusa de participar en “orgías homosexuales” y se les condena a varios años de trabajos forzados en Siberia. En 1934, por intervención personal de Stalin, se introduce una ley que castiga a los actos homosexuales con cinco años de prisión (si son “consentidos”) o con ocho años si hubo empleo de la fuerza o la seducción se condujo “públicamente y con intento declarado”. El periodo es furibundamente moralizante: canonización de la Pareja (“El hombre que no toma en serio el matrimonio es también mal trabajador”), creencia en que los homosexuales se enmiendan leyendo a Marx en los campos de concentración, inspección de las sábanas de los soldados del Ejército Rojo para avergonzar a quienes se masturben, etcétera, y con demostraciones científicas al calce en todos los casos.

De cualquier modo, no se puede comparar esta represión o “depuración” con las emprendidas por los nazis, con fusilamientos masivos, confinamientos en campos de concentración (donde se ejecutó a miles), etcétera.

Sí, son decenas de miles de homosexuales los exterminados en Auschwitz, previa estrella rosa que los identificaba. En el nazismo funcionó con plenitud la vieja estrategia: un Estado que decide negar toda disidencia reafirma a la familia como su público fundamental, cuya lealtad reclama en pago de la protección ilimitada. La vida privada se vuelve estentóreamente pública. Quizá sucede que un Estado endurecido o en vías de estarlo, busca minorías que le sirven de chivos expiatorios, pero eso habría que probarlo. En el caso de la URSS lo evidente es que se pensó en fortalecer la defensa interior aislando a como diese lugar a las “conductas antisociales”. Se quisieron evitar las filtraciones, las hendiduras en donde se colase la moral o la visión del enemigo. Con la ingenuidad requerida, las medidas de intolerancia contra la homosexualidad intentaron eliminar brechas, al mismo tiempo que fortalecían la ideología patriarcal.

El mecanismo es más o menos claro. Se asocia la “pérdida de masculinidad” con la degeneración física y, por consecuencia, con la traición política. Según esta mentalidad persecutoria, la homosexualidad traiciona típicamente los ideales nacionales, las normas de comportamiento y las reglas mismas de seguridad estatal. Esta idea de “traición al país” se complementa con otra: la traición a esa otra clase dominante (que es la masculinidad) es el desclasamiento más repugnante porque implica ceder a los vicios de los esclavos. Si un amo renuncia a su mentalidad de amo y se entrega a los vicios y fragilidades de los siervos, comete doble delito, niega a su clase y alienta la disidencia.

En la Segunda Guerra Mundial la homosexualidad fue severamente condenada en todos los frentes. La dureza antihomosexual que compartieron Estados Unidos y la Unión Soviética vino de la seguridad de que un invertido por su índole débil, caprichosa y fragiloide era un traidor potencial o real.

Quizá se podría desprender de lo anterior que la homosexualidad es profundamente subversiva en relación con la familia patriarcal y en relación con un concepto de Estado (un concepto burgués de Estado). Eso tendría que ver con el relativo pero innegable progreso de los derechos civiles homosexuales en algunos países capitalistas, y con el celo homofóbico sostenido en varios países socialistas.

Bueno, una mínima precisión. Cuando se usa hoy, en los círculos de clase media a los que pertenecemos, el término “subversivo”, la carga semántica suele ser positiva, asociada con un rechazo generalmente intelectual o cultural del sistema. A partir de este contexto, habría que ver hasta qué punto la conducta homosexual encierra o contiene un proyecto “subversivo”. Quizá lo sea en oposición a una muy arraigada ortodoxia del comportamiento, con sus descripciones canónicas de la masculinidad, la virilidad, etcétera. Así, es “subversiva” por inconformidad y contraste, por disentir o alejarse de un ideal. Por lo demás, no hay mucha facilidad de movimiento en una sociedad que a los marginales les construye ghettos y les hace vivir una cultura tributaria, donde la “rareza” es tanto un *show* graciosísimo como un fin en sí. Si nos alejamos del melodrama a veces implícito en un vocablo como “subversivo” y elegimos mejor “radical” o “crítico”, será clara la imposibilidad de convertir

“A un país todavía falto de organizaciones independientes, sin tradición democrática, con una sociedad civil precaria, el feminismo y los movimientos de liberación sexual le aportan otra perspectiva crítica”.

una práctica de la sexualidad en ideología coherente y precisa. En el aplastamiento y la oscuridad del ghetto, el uso de instrumentos del humor defensivo (la parodia, la ironía autodestructiva) ha sido la táctica predilecta y la limitación más ostensible. No hay mucha “subversión” en la autodestrucción o en el desprecio de sí.

¿Cuál crees que es entonces la función que la sociedad confiere a los homosexuales?

Hasta hace pocos años la principal función de los homosexuales no era subvertir sino divertir o repugnar, ratificando la súbita grandeza moral de quienes les contemplaban. En este orden de cosas hay que reconocer la vocación de persistencia de la cultura judeocristiana.

Siguen acompañándonos, con sus productivos mensajes reproductivos, esas tribus de Israel que se multiplicaron con rapidez para mejor protegerse. Ya no necesitamos contener al enemigo con nuestra numerosísima prole, pero aún son tajantes los efectos de la consigna: “O eres fecundo o careces de cualquier dignidad”.

Lo cual nos remite a una pregunta esencial; qué es lo que fortalece la homofobia, ese miedo irracional, odio persecutorio hacia los homosexuales?

Pienso que toda intolerancia la fortifica la creencia fanática en las generalizaciones. Si se usa el término *homosexual* de modo drástico y con el énfasis peyorativo suficiente, la simple enunciación ahorra explicaciones. No hay por qué agregar que *homosexual* es un concepto cerrado y autosuficiente, que incluye degeneración burguesa, separación innoble de la sociedad, sordidez, inmoralidad sin arrepentimiento que la redima. Se subraya una identidad homosexual igual a envilecimiento congénito igual a amenaza social. Mientras se admitan estas generalizaciones proseguirá triunfalmente la intolerancia. Como abstracciones inmutables y eternas que se reproducen sin variantes, ni existe el *homosexual* ni existe el *heterosexual*. Supongo que nunca entenderemos el comportamiento de una minoría marginada si la concebimos como una entidad homogénea, sin fisuras, en cuyo interior no existe ni puede existir la individuación, las tendencias opuestas, las contradicciones.

¿Qué opinas de la actitud del régimen cubano hacia los homosexuales?

A modo de primera respuesta te transmito los datos de que dispongo. En 1962, entrevistado por Lee Lockwood, el comandante Fidel Castro expresó su desconfianza categórica hacia los homosexuales. Pronto se consideró oficialmente a la homosexualidad como “delito ideológico” y, a mitad de los sesenta, se creó el UMAP (Unidad Militar de Ayuda a la Producción) especie de campos de trabajo forzados para “lacas sociales”. El UMAP duró algunos años, aprovisionado por continuas redadas

de “antisociales”, homosexuales, católicos recalcitrantes, Testigos de Jehová, vagos. En su insospechable alegato revolucionario, *En Cuba*, Ernesto Cardenal transcribe una declaración del obispo de La Habana, Francisco Oves, a propósito de unos seminaristas que en Islas de Pinos trabajan en una unidad de lacra social en canteras de mármol: “Son prácticamente trabajos forzados —dice Oves—. En condiciones muy duras. Es muy molesto para ellos estar con homosexuales, rateros y otros tipos antisociales”. Cardenal también recoge el testimonio de un católico y un marxista a este respecto:

—Empezaron a llevar gente para el UMAP. En aquellos tiempos no había cerveza. Y ponían un sifón de cerveza en una esquina, y allí recogían a tipos raros, no integrados a la Revolución. Especialmente homosexuales. Los homosexuales estaban más bien felices en los campos de concentración, pues un lugar donde ellos están concentrados será como paraíso para ellos. Allí los homosexuales se volvían más homosexuales; algunos se pintaban... Se vieron cuadros horribles. Muertes, por



Juan Gelman y Carlos Monsiváis, 2008

ejemplo. Porque se suicidaban. Yo una vez vi ahorcado a un homosexual... El trabajo era duro. Trabajábamos de 12 a 16 horas diarias. El domingo el trabajo era sólo de 12 horas. Estábamos rodeados de una alambrada de dos metros y medio de alto.

—En el 65 me asombró la gran cantidad de homosexuales frente a La Habana Libre —dice el marxista—. Los dejaban reunirse. Entonces fue cuando los recogieron. Empezaron también las depuraciones masivas en la Universidad. Los métodos fascistas. Los acusaban de cualquier cosa, y ellos no podían defenderse. Presentaban una serie de cargos contra ellos. Los condenaban. Y el público aprobaba las condenas masivamente (Ernesto Cardenal, *En Cuba*, Ediciones Era, pp. 365 y 366).

Perdón por lo extenso de las citas, pero me resultan indispensables. Sin autocrítica de por medio el UMAP fue finalmente suprimido. En 1971, el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura de Cuba reiteró la tesis: la homosexualidad es “delito ideológico”. De paso, el Congreso pidió —como “principio militante”— la represión activa de la homosexualidad en todas sus “formas y manifestaciones”. La Comisión encargada propuso diversas pruebas para la identificación del homosexual,

el estudio de su “grado de deterioro” y el “saneamiento de focos”. Para evitar que “por medio de su calidad artística reconocidos homosexuales ganen influencia... en nuestra juventud” e impedir “que ostenten una representación artística de nuestro país en el extranjero personas cuya moral no responde al prestigio de nuestra Revolución”. Por esta vez siento que la descripción es superior a cualquier comentario.

¿Y a qué conclusiones llegas?

A la revolución cubana le debemos mucho los latinoamericanos. Basta pensar la ejemplar resistencia al bloqueo del imperialismo estadounidense, la esperanza que organizó su dignidad antiimperialista. Éste es el punto de partida de toda respuesta. Por lo demás, creo perfectamente compaginable la admiración hacia muchísimos aspectos de la revolución cubana (justicia social, salud y asistencia médica, alfabetización, cuidado de la niñez, reforma agraria, etcétera) con la discrepancia en otros. Al respecto de los homosexuales, creo que el problema surge de una generalización condenatoria que legitima y le da “sustento revolucionario” a prejuicios seculares que algunos siquiátras cubanos “modernizan” rodeándolos de supersticiones prefreudianas.

¿Crees tú que el homosexual puede ser revolucionario?

Me propones otra generalización, para la que por supuesto no tengo respuesta alguna, pero que inevitablemente trae a mi memoria la discusión virreinal sobre si el indio tiene alma o carece de ella... Al mismo tiempo, es oportuno recordar que, bajo el capitalismo, las escasas ventajas de que disfruta el homosexual suelen ser ventajas de clase y derivan de su capacidad adquisitiva. Al homosexual sin recursos le cae encima la sociedad entera para lincharlo moral y, en muchísimas ocasiones, físicamente. El lugar sin límites: la marginalidad sexual dentro de la marginalidad económica.

Esa tradición es inocultable. En un país como México, un desahogo consagrado es la opresión brutal que las (brutalmente oprimidas) mayorías usan para someter a las minorías a su alcance. Incluso, y remitiéndome a las informaciones de nota roja, no creo exagerado hablar, en relación con los homosexuales, de un genocidio acumulado a su costa, de un largo y prolongado desigmo de supresión a la vez simbólico y físico.

En estos años, frente a las luchas de liberación sexual, ha habido reacciones diversas entre los sectores de la izquierda internacional. Es clara, en muchos países, así varíe considerablemente, una tendencia de reconocimiento y apoyo. ¿Qué factores intervienen en este “desarrollo desigual y combinado”?

Entre otros, ha sido muy útil el concepto de sexismo y la localización ideológica, cultural y política que



“Los movimientos feministas y de liberación sexual ya son un elemento insustituible en la construcción de la sociedad civil”.

ha traído consigo. Ha sido definitivo el impulso de privilegiar las demandas de la vida cotidiana, oponiéndose a su ocultamiento. También interviene la emergencia de los militantes homosexuales que en muchos sitios, México incluido, quieren plantear sus reivindicaciones desde las posiciones de la izquierda, desde la esperanza y la necesidad del socialismo democrático.

En este sentido, se han dado cambios muy importantes en la actitud de grupos y partidos de izquierda —el Partido Revolucionario de los Trabajadores, sectores del PCM, sindicatos universitarios. ¿Tú cómo has visto la incorporación de los grupos homosexuales a las marchas de la izquierda, a partir de la manifestación del 2 de octubre de 1978?

Creo que ha sido muy importante, pese a lo inevitable: reticencias, burlas, menosprecios, ridiculizaciones y silencios. Pero estos militantes marchan y firman manifiestos, y esto sí es un vuelco radical. Por supuesto, en esta aceptación ha intervenido definitivamente la influencia del feminismo. Lo que no se rompe todavía y va a tardar, es la invisibilidad social que suele acompañar a la tolerancia.

¿Cuáles serían tus conclusiones actuales?

He intentado resumir algunos avances indiscutibles de las luchas feministas y de liberación sexual en México. Falta examinar más resultados (democratización y paulatina seriedad de la información sexológica, posición intolerante de la Iglesia, respeto creciente en el tratamiento del tema en los medios masivos, agotamiento del humorismo fácil y sus sarcasmos sobre “liberadas” y “jotos rojos”, etcétera) pero entre otros, hoy reduzco lo obtenido a estos puntos: a) disminución general y sectorial de presiones sociales y familiares; b) eliminación mínima pero creciente de la invisibilidad y opresión de las minorías marginales; c) polarización del “linchamiento moral” de minorías que, al concentrarse en las publicaciones amarillistas (*Alarma, Alerta, Homicida*), han perdido ya parte de su atractivo catártico sobre las distintas sociedades de México; d) reubicación de los temas de la liberación sexual y el feminismo, lo que neutraliza ya, en buena medida, los fervores manipulatorios. La señora Griselda Álvarez, gobernadora de Colima, se ve forzada a deslindarse: “No soy feminista, soy

humanista”; e) creciente eliminación de la pasividad de las víctimas. Se multiplican las denuncias por violaciones y empiezan a producirse las reclamaciones judiciales ante la arbitrariedad e inconstitucionalidad de las redadas; f) asimilación de un lenguaje derivado de los movimientos europeos y estadounidenses, el cual va “nacionalizando” el desarrollo de las luchas. Así, la expresión “derecho al uso del cuerpo” empezó siendo frase retórica y hoy, en decenas de miles de mujeres, es el punto de partida de su comprensión de la realidad.

En menos de diez años, los movimientos feministas y de liberación sexual, pese a los enormes escollos internos y externos, son ya un elemento insustituible en la construcción de la sociedad civil.

MONSIVÁIS: FEMINISMO Y HOMOSEXUALIDAD

Entrevista de José Ramón Enríquez



PLACER Y REVOLUCION

La actual legislación sexual de la Unión Soviética es obra de la Revolución de Octubre... La legislación social de la revolución comunista rusa no quiere ser producto de un conocimiento puramente teórico, sino más bien resultado de una experiencia... Respecto a la homosexualidad, sodomía y otras formas de gratificación sexual, que en la legislación europea son calificadas de ofensas a la moralidad pública, la legislación soviética las considera exactamente igual que cualquier otra forma de la llamada relación “natural”.

Grigori Batkis, director del Instituto Moscovita de Higiene Social (texto de 1923).

El Machete: De modo sorprendente, el tema de la cotidianeidad se empieza a incluir entre las prioridades de ese conjunto (no tan contradictorio como parece) conocido como *izquierda mexicana*. A ti el tema de la política sexual te ha interesado mucho y como muestra está un ensayo tuyo en *Nexos* (“Las variedades del México freudiano”). Una de las características de los movimientos llamados revolucionarios o de izquierda ha sido su profundo *moralismo* (uso el término peyorativamente). ¿A qué atribuirías la persistencia de cánones del comportamiento tan ligada al poderío ideológico de los opresores?

Carlos Monsiváis: Tal vez, al terror de no ser capaces de ir a fondo haciendo tabla rasa de las creencias y códigos dominantes. De seguro, a que, hasta hace poco, el énfasis en la política y la economía no dejaba espacio para otras preocupaciones. Ciertamente, parte de la respuesta debe hallarse también en la solidez de una institución familiar muy tradicionalista en fondo y forma que le opone a los cambios la sorprendente variedad de sus chantajes y métodos retentivos: “O la integridad familiar o la desintegración social”.

Como paradoja no está mal: el moralismo de la izquierda es contrapartida y complemento de su intento central: la moral de la resistencia a la enajenación y la explotación de los individuos. Es admirable la reacción moral ante un orden bárbaramente represivo y corruptor; es por lo menos lamentable que a esto le sigan sentimientos “de culpa” o “exceso”. Es ciertamente decepcionante el espectáculo de seres que reaccionan contra la injusticia social y económica y en su vida diaria acatan normas de parecida arbitrariedad y discriminación. Una vez desafiada la eternidad del capitalismo, se desdeña cuestionar implacablemente la eternidad de la moral familiar, produciéndose la santa alianza de conciencia socialista y obsesión por el “comportamiento debido y decente”. La revolución es la utopía conocida a la que no se le quiere añadir —el miedo a lo desconocido— un capítulo todavía impredecible: el manejo revolucionario de la cotidianeidad. Y por *revolucionario* entiendo aquí la respuesta racional, crítica, democrática.